

EDITORIAL

En Torno al Caso Lefebvre

El 30 de Junio Monseñor Lefebvre consagró cuatro obispos sin la autorización y contra la amonestación canónica explícita de la Santa Sede. Surgió así un grupo episcopal sin relación jerárquica con el Sumo Pontífice, Vicario de Cristo. Mons. Lefebvre provocó un cisma dentro de la Iglesia católica.

Este acontecimiento tiene su novedad, pues hacía tiempo que no se daba una experiencia semejante en la Iglesia. Pero si nos situamos más allá del simple hecho, del dato periodístico como evento escandaloso o sorprendente, advertimos enseguida los signos de una situación dolorosa dentro de la Iglesia. Se toma una postura separatista y radical por fidelidad a la tradición, en búsqueda de una Iglesia auténtica, por encima del Concilio ecuménico recientemente celebrado y poniendo en entredicho la elección y enseñanza de algunos de los últimos pontífices.

Un reducido número de obispos, un grupo sacerdotal y una significativa comunidad de fieles sigue este camino del cisma. ¿Aumentarán o disminuirán estas proporciones? Esta es una historia que sólo el tiempo nos podrá aclarar. Mientras tanto la Iglesia sufre vivamente con esta separación cismática, pues quisiera realizar objetivamente, en todo tiempo y también en nuestra época, los anhelos de aquella oración de Cristo, "*Ut omnes unum sint*", como expresión concreta del mandamiento del amor a Dios y del amor al prójimo y como signo de la unidad de las tres divinas personas.

Un lector atento y equilibrado, leyendo la Nota Informativa de la Santa Sede, que reproducimos en este número, y dejando a un lado los retazos de una prensa parcial y alarmista, podrá percatarse del tono en que se llevaron las relaciones entre la Santa Sede y Mons. Lefebvre. Diálogos y relaciones que admiten cesiones y concesiones, pero que en determinado momento tienen que suspenderse porque no es solamente una cuestión de ordenamiento litúrgico o disciplinar la que entra en juego, sino una cuestión doctrinal: la concepción misma de la Iglesia, de la jerarquía y de la indefectibilidad y autenticidad del magisterio.

La cuestión más llamativa, la más traída y llevada normalmente por los medios de comunicación social, reside en el empeño por mantener el antiguo rito en la celebración de la misa. La importancia de esta cuestión no sería tan trascendente si se tratara únicamente de nostalgia o de apego a los ritos precedentes. Sin embargo, enseguida se descubre una gravísima acusación contra la obra realizada por el último Concilio ecuménico de la Iglesia católica. Un "Yo acuso al Concilio..." sin paliativos y con serias consecuencias doctrinales. El cambio de rito habría desnaturalizado la celebración eucarística, reduciéndola a un memorial o a una cena de tipo protestante, quitándole su carácter sacrificial. Se recalca la contradicción entre la Iglesia del Concilio y la Iglesia de la tradición. No se ve con claridad qué relación existe entre la tradición y el magisterio pontificio y la función de un Concilio ecuménico en la vida de la Iglesia. ¿Dónde estaría la garantía de la verdad? Para Mons. Lefebvre la Iglesia del postconcilio no es ya la Iglesia de la verdad. Por eso opta por la separación, por el cisma.

"La raíz de este acto cismático, indica la Carta Apostólica "Ecclesia Dei", se puede individuar en una imperfecta y contradictoria noción de Tradición: imperfecta porque no tiene suficientemente en cuenta el carácter vivo de la Tradición, que, como enseña claramente el Concilio Vaticano II, arranca originariamente de los Apóstoles, "va progresando en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo; es decir, crece con la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón, cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad" (*Dei Verbum*, 8). Pero es, sobre todo, contradictoria una noción de Tradición que se oponga al Magisterio universal de la Iglesia, el cual corresponde al Obispo de Roma y al Colegio de los Obispos. Nadie puede permanecer fiel a la tradición si rompe los lazos y vínculos con aquél a quien el mismo Cristo, en la persona del Apóstol Pedro, confió el ministerio de la unidad en su Iglesia".

No resulta difícil detectar el carácter fragmentario y contradictorio de la noción de tradición que subyace a la posición de Mons. Lefebvre. Por lo mismo, produce mayor dolor la cristalización de semejante postura.

¿Y ahora qué? ¿Bastará rasgarse las vestiduras ante semejante escándalo y tener a flor de labios la acusación precisa y la pena canónica correspondiente?

Creemos que las reflexiones del Card. J. Ratzinger, que no quieren ser ninguna especulación teológica sobre el tema, sino simplemente una introducción al diálogo fraterno entre la Santa Sede y los Obispos Latinoamericanos, pueden hacernos caer en la cuenta de la actualidad de esta problemática en el continente americano. " El fenómeno en su conjunto no sería pensable si no estuvieran también en juego elementos positivos, que generalmente no encuentran suficiente espacio vital en la Iglesia de hoy". Por eso, señala el Card. Ratzinger, la importancia de custodiar la dignidad de lo sagrado, la necesidad de recuperar la dimensión de lo sagrado en la liturgia, en contraposición a ciertas tendencias postconciliares; insiste en la necesidad de enmarcar correctamente las enseñanzas del Vaticano II dentro de la tradición viva de la Iglesia y de destacar la línea de continuidad de la fe en la Iglesia del postconcilio. Dejando a un lado una mal entendida noción de ecumenismo urge presentar la Iglesia como portadora de la auténtica revelación divina, pues sólo en este reconocimiento y aceptación de la verdad alcanza la fe sus verdaderas proporciones.

Esta debe ser la actitud justa, según nuestro parecer, del Pastor, del sacerdote y de todos los laicos: toda desunión en la Iglesia debe producirnos un profundo dolor y debe inducirnos a hacer un balance, serio y profundo, para ver qué errores hemos cometido, qué errores estamos cometiendo que puedan provocar una desunión semejante.

Creemos que a todos nos corresponde, como al Padre de la parábola, dar un poco de brillo a los tesoros "nuevos y antiguos" de la Iglesia, para que ésta se levante como un signo de unidad y de salvación, capaz de atraer hacia sí a todos los hombres de nuestro tiempo.

ECCLESIA

Relectura del Concilio y cisma de Ecône

Inos Biffi

Una exacta interpretación del Concilio Vaticano II, a la luz de toda la experiencia de la Iglesia, no permite ni una oposición a él en nombre de la fe católica, ni mucho menos justifica un cisma, que por su propia naturaleza no es nunca justificable. Para comprender esto es necesario ante todo tener un concepto exacto de Tradición y, por lo mismo, de las tradiciones.

Tradición y tradiciones

La Iglesia vive de Tradición y de tradiciones. Y sin embargo, no sería justo definir a la Iglesia como “tradicionalista”, si el término “tradicionalista” significase fijación e inmutabilidad de una determinada forma histórica. En primer lugar, se debe tener un claro concepto de Tradición. Esta indica aquella realidad y aquella imagen de la Iglesia que está destinada a permanecer fiel y coherentemente, en la variedad de las expresiones históricas. Tradición es la identidad de la Iglesia tal cual ha sido querida y “consignada” por Jesucristo. Tradición es todo cuanto la Iglesia no inventa según el propio gusto o la fantasía de los tiempos y de los lugares, sino que “recibe” de Jesucristo, de quien recava los propios contenidos siempre y del mismo modo.

La Iglesia, por tanto, es Tradición ya que está constituida para siempre y de modo inmutable por el Cuerpo de Cristo y el Espíritu de Cristo, que vive en la Palabra y en los Sacramentos. La Iglesia es Tradición porque no modifica el Evangelio según las culturas, sino que lo vive sin alteración; es Tradición, igualmente, porque celebra la Eucaristía y los otros signos de la gracia “instituidos” por Jesucristo; porque, según la intención del mismo Señor, y como voluntad y don suyos, conserva ininterrumpida la sucesión apostólica, la colegialidad de los obispos, el primado del Papa. Entendida así la